

Gustav Siebenmann (Sankt Gallen)

Observaciones acerca de ciertas imágenes de la América Latina que se formaron los españoles a lo largo del Siglo XX

Para Carlos O. Nallim

INTRODUCCIÓN Y RESUMEN

Sería una ambición desmesurada el querer registrar, en todas sus variedades y manifestaciones, las imágenes de la América Latina que, a lo largo del siglo XX, se iban formando en la mente de los españoles. Sin embargo, es sabido que las imágenes mentales no se forman espontáneamente, sino a base sea de experiencias personales (viajes, encuentros), o de influencias que manan de un determinado contexto social (familia, educación, profesión, emigración) o bien mediante lecturas pertinentes (historia, panhispanismo, hispanidad, literaturas). Por consiguiente, en esta aproximación tentativa al tema se prestará atención a determinados campos y se analizarán algunos casos ejemplares. Dada la extensión limitada, en esta ponencia imagológica me ceñiré a las perspectivas siguientes: A) la comparación de los dos Centenarios (1892 y 1992); B) el nombre de la región transatlántica; C) la emigración transatlántica; D) el exilio por causa de la guerra civil española; E) casos de tematización literaria de Hispanoamérica; F) los estudios latinoamericanos en las universidades españolas; G) el boom literario y la rivalidad cultural. Los ejemplos concretos podrán demostrar la variedad de las imágenes, pero acaso también permitirán, observadas en serie y diacrónicamente, revelar tendencialmente sea ciertas invariantes, sea convergencias, sea cambios significativos. Por lo demás, soy consciente de que para gran parte de lo que afirmo quedo deudor de otros especialistas que trabajaron el tema con anterioridad. Es el destino inevitable de los estudios imagológicos, que de otro modo y sin trabajos previos nunca llegarían a sintetizar la abundancia de los datos. Dejo constancia de los libros que pude consultar en la bibliografía final.

A) LA COMPARACIÓN DE LOS CENTENARIOS DE 1892 Y 1992

permite observar ciertos cambios significativos para nuestro tema, porque refleja las actitudes respectivas de la España oficial. El IV Centenario del primer viaje de Cristóbal Colón se celebró en la España del Fin de Siglo XIX en un clima de megalomanía historicista. Ya

entonces - como luego en 1992 - no sólo los acontecimientos políticos, sino también las mentalidades reinantes en la época tuvieron su impacto en el público, peninsular, americano y europeo. Como es sabido, tras la propuesta de Antonio Cánovas del Castillo, el 12 de octubre fue declarado, en 1892, nada menos que fiesta nacional de España. Tras las gestiones de la llamada "Unión Ibero-Americana", la fecha fue oficialmente denominada "Fiesta de la Raza", nombre que se mantuvo hasta terminar la era de Franco. Este membrete altisonante revela de por sí que la España de 1892 insistía en evocar, en aquella ocasión y con el concepto de la raza, su glorioso pasado de potencia imperial. En realidad, sin embargo, de su inmenso imperio colonial de antaño sólo le quedaban, como territorios ultramarinos, las islas caribeñas de Puerto Rico y Cuba y, en Oriente, las Filipinas. Efectivamente, los discursos oficiales, organizados por el protagonista conservador del evento, el mencionado Cánovas del Castillo, ensalzaban los progresos de la Regencia y denotaban "un mecanismo compensatorio y una cortina de humo que recuperaba la visión idealista de América" (Ferrer en Madrigal 1993: 32). A pesar de ello, las actividades conmemorativas de 1892 se concebían, en la metrópoli, de manera bastante contradictoria. Por un lado revelan todavía el tradicional rencor y rechazo frente a las excolonias hispanoamericanas (desde luego y sobre todo frente a los EEUU) y, por el otro, invocan la grandeza y unidad de la "raza ibérica". Testimonio elocuente de los rencores españoles frente a la independencia de sus antiguos territorios de ultramar son las renovadas discusiones sobre la denominación del Nuevo Mundo. De ello hablaremos más adelante.

La España de entonces era un país que vegetaba en un flagrante atraso y sufría una aguda crisis económica, lo que no impedía que siguiera con sus veleidades de grandeza: no quiso reconocer la rápida y efectiva descolonización de la América hispana. El reverso de la medalla fue que precisamente bajo el signo de ese Centenario de 1892 también los últimos territorios de la España ultramarina, en particular Cuba y Puerto Rico, manifestaban a su vez y con creciente virulencia sus aspiraciones independentistas. Ante esos amagos de revuelta, la reacción que España proclamaba en los actos ceremoniales es significativa: España se propuso inyectar nuevas savias a sus territorios ultramarinos, para que así resuscitara un nuevo imperio y surgiera una nueva era de triunfos. Bajo el manto de una fraternidad hispano-americana, que debía rebasar las supuestas ofensas e injusticias de la Independencia, la

España oficial de 1892 trató de imponer su autoridad y de recobrar su posición hegemónica en los territorios que antes habían sido sus colonias. Los esfuerzos restauradores, sin embargo, resultaron ser pura retórica.

Sin embargo, el IV Centenario, a cuyas festividades habían acudido unas 740 personas, entre ellas 135 procedentes de Hispanoamérica, renovó el interés de España por sus antiguos territorios de ultramar. Pero no fue en el sentido deseado por muchos de los invitados, sino más bien en aras del rancio panhispanismo. Esta ideología patriótica conoció un recrudecimiento en España, acendrando sus pretensiones, histórico-culturales más que políticas. Gracias a la integración de conceptos como catolicismo, imperio, unidad y raza siguió postulando una supremacía incluso moral de la antigua “madre patria”, que siguió dando colazos hasta los años de la Segunda República y fue defendida por españoles desde la ultra-derecha hasta la ultra-izquierda. Norbert Rehrmann, en un estudio abarcador (1997), rastrea la supervivencia de esta ideología hasta en la literatura del exilio posterior a 1936. Huelga recordar que bajo el régimen franquista conoció un verdadero auge. Incluso en 1982 el Consejo Superior de Investigaciones Científicas publicó el libro de Juan Saiz Barbera titulado *España y la idea de la Hispanidad*, que empieza exclamando “¡España, madre de América!”.¹

¹ Rehrmann 1997: 26. El autor se basa ampliamente en el estudio de Frederick Pike: *Hispanismo 1898-1936. Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish America*, 1971. El título, citado con frecuencia, falta en la bibliografía de Rehrmann, seguramente por descuido.



Pero volvamos al Centenario de 1892. Hubo toda una serie de congresos y algunas exposiciones, y don Marcelino Menéndez Pelayo publicó en cuatro volúmenes la memorable (e hispanocéntrica) *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-95), encomendada por la Real Academia Española. Efectivamente, la clase culta de España subrayaba la oportunidad, en ese IV Centenario, de darle un impulso decisivo a los estudios americanos, deseándose que, por fin y particularmente, se intensivara la investigación de las culturas precolombinas. Pero también éste fue, en España, un postulado postergado y vano. Como traba al olvido se convocó, en Madrid y en 1900, un Congreso Iberoamericano, destinado a renovar la fuerza espiritual y cohesiva de la lengua española, pero tampoco tuvo mayores efectos.

La realidad histórica fue otra. Efectivamente, poco después del IV Centenario, en 1898, sucedió lo que todos sabemos: Filipinas, Cuba y Puerto Rico, con el apoyo interesado de los EEUU, lograron independizarse a su vez. Y cuando las tropas españolas vencidas desembarcaron en España, por fin allí también todos se dieron irrevocablemente cuenta de lo que desde más de un siglo el resto del mundo sabía: España estaba por los suelos y había llegado a ser una de las naciones más atrasadas de Europa. Esta toma de consciencia despertó en un grupo de escritores y pensadores españoles la idea de iniciar una regeneración, de la que surgió el movimiento conocido bajo el membrete de "Generación del 98". En un intento de autocrítica el grupo tomó precisamente el momento de la mayor humillación en la política exterior de España como año simbólico, afirmando así su afán de renovación. Apoyándose en iniciativas anteriores, particularmente en aquellas de la Institución Libre de Enseñanza, logró dar a la literatura, a la identidad nacional y a la educación nuevos e importantes impulsos. A la larga este movimiento regeneracionista, tan importante para la literatura española, quedó políticamente ineficaz por no haberse prestado la debida atención a los urgentes problemas socio-políticos del interior. Y la orientación del 98 fue hacia adentro y hacia Europa, pero no hacia América. Todo lo extranjero, incluso la América hispana, quedó fuera de los intereses de los intelectuales del 98. De aquella fecha al español común de la calle no le quedaba que el sinsabor de una derrota sufrida en Hispanoamérica, lo que aumentó la actitud frente a aquella región que en latencia ya anteriormente había sido negativa.

Comparemos ahora con lo dicho la V recordatoria del evento colombino, la de 1992. El salto temporal de un siglo, con dos guerras mundiales, una guerra civil y otra fría, con un desarrollo técnico inédito no pudo ser más dramático, pero permite, por el contraste violento, apreciar lo radical del cambio. Es evidente que el clima en que se recordaba el V Centenario, el de 1992, resultó ser muy distinto, y fue, más en el resto del mundo que en la misma España, un amago de subversión contra la historia. Me refiero a los debates en parte tan extraños y emocionales que surgieron entonces por doquier. Hubo controversias acerca de la denominación - ¿"Conquista" o "Encuentro"? -, hubo debates sobre la legalidad de la hazaña en términos del derecho de gentes, sobre si fue un genocidio o un acto civilizatorio, sobre la justificación de la misión de paganos por parte de la iglesia católica, se discutió una vez más sobre si la economía colonial fue una maldición o una bendición para la misma España. Ahora bien, es digno de mención que España, esta vez, se abstuvo casi por completo de polemizar y de volver sobre lo andado. Algunos destacados historiadores, a lo largo de los decenios anteriores, habían puesto las cosas en su sitio, sin caer en la trampa de la otra leyenda, la "blanca".² Sea dicho de paso que estos notables logros científicos quedaron prácticamente ignorados en el extranjero. La relativa impasibilidad con que en España se reaccionó ante los reproches foráneos es comprensible. En este contexto es significativo que el rey Juan Carlos I optara, para celebrar la fiesta nacional de los españoles, por otra fecha - el 6 de diciembre - y por otro nombre - "Día de la Constitución" - en

² Me refiero, a título de ejemplo, a las investigaciones de Miguel Molina Martínez sobre la Leyenda negra; a las de Francisco Morales Padrón sobre la Conquista; a las de Fernando Murillo Rubiera sobre la historia del derecho; a las de Consuelo Varela sobre Colón.

conmemoración del sensacional referéndum de 1978 . La fecha colombina del 12 de octubre, a su vez, recibió el nuevo nombre de "Día de la Hispanidad", ya que el término de raza, tras el trauma de los fascismos en Europa, había quedado contaminado. En Hispanoamérica, en cambio, siguen conmemorando la fecha como "nuestro Día de la Raza", por razones obvias.

En resumen, la España de 1992 aprovechó la fecha memorable, no sólo para recordar la hazaña colombina, lo que se hizo esta vez sin triunfalismo retórico, sino más bien aprovechando la ocasión, esta vez con más sensibilidad política, para manifestar su nueva identidad y su actual performance. Ya con anterioridad a la fecha memorable la Editorial MAPFRE (Madrid) había inaugurado sus Colecciones MAPFRE 1492, y la División de Ediciones Quinto Centenario (Madrid) editó la llamada Biblioteca Quinto Centenario. En el año mismo se organizaron, además de las relativamente modestas ceremonias de conmemoración en Sevilla, la Exposición Mundial en la misma capital andaluza, los Juegos Olímpicos en Barcelona, y a Madrid le tocó simultáneamente el honor de ser capital cultural de la Unión Europea. Quedó evidente que ahora España ya no estaba dispuesta a arrastrar consigo el viejo lastre histórico de la leyenda negra con las acusaciones de un deliberado genocidio en el Nuevo Mundo, de la Inquisición, del fanatismo, del atraso técnico y económico. La nueva España, más bien, quiso manifestar que había llegado a ser una nación moderna, equiparada a las otras naciones occidentales. La nueva actitud de la España oficial se deduce manifiestamente de los discursos pronunciados por el Rey Juan Carlos I en sus visitas a Hispanoamérica. Proponía la fraternidad, basada en la lengua y la cultura comunes. En suma, en el decorrer de un siglo, la actitud de la España oficial frente a Hispanoamérica se transformó radicalmente, pasando de un paternalismo hueco y de una soberbia ridícula a una fraternidad cultural entre pares. Vienen aquí al caso unas cuantas palabras del Rey Juan Carlos I, pronunciadas en Cartagena de Indias, el 12 de octubre de 1976:

En el mundo en que vivimos - configurado por los problemas a escala mundial - no cabría la desunión de una comunidad como la nuestra. Debemos estar unidos para convertir en realidad nuestras posibilidades de conjunto, lo que será la mejor forma de mantener la individualidad nacional y su virtualidad esencial (Shimose 1982: 5).
La conclusión es diáfana: A nivel de las celebraciones oficiales de los dos centenarios, España pasó de un paternalismo entre rencoroso y soberbio al ofrecimiento fidedigno de

fraternidad, a la insistencia en la comunidad cultural enfrentada con las demás culturas, y callando con diplomacia su evidente superioridad “primermundista”.³ Y en la base popular de España los rencores de antaño se habían esfumado gracias a la presencia de migrantes y turistas procedentes de países hispanoamericanos y tras el contacto personal con “gentes de allá”.

B) LA DENOMINACIÓN CONTROVERTIDA DE LA REGIÓN AMERICANA (a saber: Iberoamérica/Hispanoamérica vs. Latinoamérica) es un campo particularmente significativo y revelador para medir la actitud de los españoles frente a Latinoamérica. El argentino José Luis Imaz, en su fundamental ensayo *Sobre la identidad iberoamericana* (1984: 289 ss.) rastrea con exactitud la evolución del topónimo: En el siglo XIX hubo vacilaciones. El 1er Congreso Interamericano, en 1847, se denominó “americano”, a secas. El neologismo “Latinoamérica” fue empleado por el colombiano J. M. Torres Caicedo, ya en 1851, y tuvo sus reacciones. En 1891, José Martí seguía hablando de “americanos”, refiriéndose a sudamericanos, mientras ya en 1883 también él había empleado la denominación “América Latina”.

Veamos ahora a qué apogeos llegó el debate en el contexto del IV Centenario, en 1892. El historiador chileno Rojas Mix no vacila en afirmar que esa celebración “estuvo marcada por la polémica de los nombres”. Él nos recuerda que, por increíble que parezca,

³ Para más detalles sobre el V Centenario véanse los tres ensayos de Bernecker/López de Abiada/Siebenmann reunidos en el libro *El peso del pasado*, Madrid: Verbum, 1996.

en 1892 hubo propuestas como las siguientes: ¿No se podría acaso continuar con el nombre tradicional (y absurdo) de 'Las Indias'? ¿O por lo menos conmemorar la hazaña colombina con un neologismo (utópico) como 'Colónida'? Cuando menos, según la opinión general, se debía insistir en la alusión onomástica al eminente papel histórico de España, defendiendo nombres como 'Hispanoamérica' o 'Iberoamérica', y resistir contra la insana y absurda monstruosidad inaugurada por el chileno Francisco Bilbao hacia 1856 en París, a saber, '¡Latinoamérica!' (1991: 11). Recordemos cómo surgió el neologismo, puesto que - cosa más bien rara - sigue persistiendo en el mundo hispánico la opinión errónea de que el término sería otro acto culpable de los (norte)americanos. Tras la mencionada propuesta de Francisco Bilbao se desencadenó una larga polémica. Fueron los franceses quienes habían propuesto el atributo "latino", en razón de ese movimiento de política cultural llamado "*union latine*", que bajo el patrocinio de Francia quería defender la supremacía de las culturas latinas (las neorrománicas, en términos filológicos) frente a las otras, particularmente frente a las anglosajonas. En efecto fue Michel Chevalier quien, en la *Revue des races latines* (1861), defendió la nueva denominación, y gracias a este apoyo prestigioso poco a poco se impuso, en el Mundo Nuevo, norte y sur: *Amérique latine*. El origen del topónimo es pues europeo, francés concretamente. Una razón más para que España, hasta hace muy poco, lo rechazara.

El debate no está del todo concluido, ni siquiera a estas alturas del comienzo del tercer milenio. La España tradicional y la oficial prefieren seguir hablando de Hispanoamérica para la parte hispanohablante, hasta hoy en día, o bien de Iberoamérica, que para algunos (Julián Marías, p. ej.) abarcaría incluso el Brasil. Así se explica que las instituciones y empresas españolas destinadas hacia ultramar, por lo menos las de cierta tradición, se definen por el topónimo de Ibero o de Hispanoamérica: Instituto de Cooperación Iberoamericana; Banco Hispanoamericano, etc. En la insistencia de la España oficial en rechazar denominación calificada de "latina", podemos reconocer un último resto de ambición hegemónica, justificada por el respeto a la propia historia. Por otra parte, la juventud de España ya emplea el nombre de Latinoamérica sin connotación alguna y con plena normalidad, respetando sencillamente la preferida autodenominación de los

latinoamericanos.⁴ Llama la atención que, por ejemplo, el “Instituto de Iberoamérica y Portugal” (combinación extraña) de la Universidad de Salamanca organizara unos simposios definidos como Encuentros de Latinoamericanistas (sic), debido probablemente a la participación internacional.⁵ La tendencia hacia una lexicalización (es decir: normalización) del nombre Latinoamérica o América Latina parece imponerse, como en todos los países, incluso en España.⁶ Pero hubo discusiones hasta en tiempos no muy remotos. Testigo Camilo José Cela, que en una entrevista publicada en Tola de Habich/Grieve (1971: 83 ss.) insiste polémicamente en el nombre de Hispanoamérica y quiere reservar la palabra ‘latino’ exclusivamente a la época romana. Esta opinión suya la siguió defendiendo hasta en el reciente congreso de Valladolid (15 a 19 oct. 2001). Recordemos a propósito que la misma actitud conservadora se puede advertir en la pertinacia de los españoles de escribir Méjico, con ‘j’, a pesar de que los mexicanos insisten en la ‘x’ (México). Por fin, en el *Manual de español urgente* ya se recomienda escribir México con ‘x’ (5a edición 1989: 185). Sea dicho de paso que este mismo manual se abstiene de cualquier dictamen referente a Latinoamérica o Hispanoamérica. En la evolución de este caso onomástico podemos observar una notable perseverancia de los españoles en mantener viva una tradición histórica, pasando por alto el derecho de una región de autodenominarse según le parezca útil.⁷

⁴ Cf. El Ciervo, N° 435 (Barcelona, 1987): 12-16.

⁵ Actas del IV Encuentro en libro electrónico, Salamanca: Universidad, 1995.

⁶ El uso más sensato de los tres términos parece que se va imponiendo: Latinoamérica es la denominación de todas las partes del continente americano donde no se habla inglés; Hispanoamérica se refiere a las regiones hispanohablantes del continente; e Iberoamérica abarca las zonas donde se habla español o portugués, o sea inclusive el Brasil. Para las zonas de habla portuguesa conocemos además el término de Lusoamérica, que se limita al uso entre lingüistas y, por razones obvias, no llegó a ser usual.

⁷ Cabe advertir que en el Brasil sigue existiendo cierta aversión contra América “latina”. En un artículo periodístico de *O Globo*, hace años, el autor se mofaba del término, preguntando en el título: “Você fala latim?” Fue una broma, donde se confunde el adjetivo ‘latino,-a’ con el sustantivo ‘latín’. Éste designa exclusivamente un idioma, mientras el adjetivo abarca

toda una gama de valores culturales: temperamento latino, vela latina, etc., además de denominar zonas donde se hablan lenguas derivadas del latín, llamadas neolatinas o románicas. Aparece ya en los periódicos actuales el término de Europa Latina, hasta de Suiza Latina.

C) LA EMIGRACIÓN OBRERA Y CAMPESINA.

Es cierto que la emigración masiva, por razones existenciales, de españoles a Hispanoamérica aconteció sobre todo en el siglo XIX y a comienzos del siglo XX. Carlos M. Rama (1982) calcula que entre 1821 y 1932 los españoles que emigraron a la región transatlántica sumaron unos cinco millones. Además de caer en gran parte fuera de la época aquí tenida en cuenta, su influencia en la imagen de Latinoamérica de los españoles peninsulares fue más bien escasa. La razón es que los testimonios de los emigrados, en gran parte iletrados, si acuñaron en alguna escritura, figuran acaso en cartas personales, si las hubo. En un artículo útil que importa para nuestro tema, el chileno José Antonio González Pizarro subraya la importancia de esos epistolarios y enumera sus fuentes. Lamentablemente no vienen al caso aquí por tratarse de las relaciones en el siglo XIX. Lamento no haber dado con tales documentos referentes al siglo XX. En cambio se sabe que entre los españoles que quedaron en su país, a menudo crecieron actitudes vengativas o de envidia, que son proyecciones negativas hacia América. Fueron provocadas por el sufrimiento de la separación, sobre todo cuando el emigrante no fue afortunado en su tierra de adopción.

Un caso anecdótico ilustra semejantes reacciones negativas. Me refiero al apodo irónico que se les daba en España a emigrados supuestamente ricos que volvían a su pueblo: se les solía llamar “haigas”, lo mismo que a sus coches americanos, satirizando con este solecismo morfológico la supuesta incultura de los regresados.⁸ Recuerdo haber escuchado con frecuencia, en los años cincuenta, este apodo, que va desapareciendo hoy, no sólo porque en España ya escasean esos coches americanos de hojalata abombada y cromo, sino también porque los nuevos ricos ya no suelen ser los regresados de la emigración, sino a menudo españoles que se enriquecieron en la misma España con el boom económico reciente. Sea dicho de paso que también el otro apodo, el recíproco, ya arcaico, con que los hispanoamericanos solían expresar su desprecio frente a los españoles, ya es casi desconocido en Hispanoamérica, a estas alturas: me refiero a la voz ‘cachupín’ o ‘gachupín’, con que se designaba, antes de la guerra civil y con desprecio, a un español recién llegado a América (María Moliner, s.v.).

⁸ ‘haiga’ en lugar de ‘haya’ y en analogía errada con ‘traiga’, cf. María Moliner s.v.

Otro ejemplo de la proyección negativa que puede despertar en España el triste destino de un emigrante es el conmovedor poema “Réquiem” de José Hierro.⁹ En este largo poema que alcanzó en España una notable popularidad, el poeta habla de la muerte accidental y del entierro miserable de un obrero español en Nueva York, y mide la discrepancia entre la heroica hazaña de los conquistadores de antaño y la desaparición anónima de un tal “Manuel del Río, natural de España”. Ciertamente, no se trata de Hispanoamérica, sino de Nueva York. Pero el dolor rabioso del santanderino Pepe Hierro ante la humillación de un españolito emigrado recuerda los rencores de la España humillada por los americanos y los cubanos y portorriqueños en 1898: *sic transiit gloria Hispaniae*. E inconscientemente la “culpa” que tuvieron y tienen las Américas en este declive, seguía y sigue influyendo negativamente en la mente de muchos españoles.

D) LA EMIGRACIÓN DE INTELLECTUALES Y POETAS ESPAÑOLES A RAÍZ DE LA SEGUNDA REPÚBLICA Y DE LA GUERRA CIVIL (1931-1939)

es el caso más significativo y elocuente de encuentros entre españoles e hispanoamericanos en el Siglo XX. Veamos el caso de México, puesto que un gran número de exiliados españoles optaron por este país acogedor. Convergieron en la llamada Casa de España, fundada a principios de 1938 por iniciativa del presidente Lázaro Cárdenas. En 1940 pasó a ser el Colegio de México, donde predominaban los científicos y los filólogos. La fertilidad intelectual de los exiliados españoles es increíble. La bibliografía de Julián del Amo y Charmion Shelby (1950) nombra a más de quinientos autores españoles en las Américas, de 1936 a 1945, y registra miles de trabajos impresos. La repercusión de la España

⁹ José Hierro: *Cuanto sé de mí, 1957-1959*, en *Antología poética 1938-1998*, Madrid: Espasa Calpe, 3a ed. 1999: 217-218 (= Colección Austral; 306).

nacionalista fue manifiesta, a saber, negativa con respecto a la actitud frente a las repúblicas hispanoamericanas. Sólo después de la victoria de Franco el régimen buscó poco a poco la aproximación mediante canales diplomáticos y culturales.

Personalmente recuerdo mi estancia como estudiante becario en el 1er curso de verano de La Rábida, organizado especialmente para jóvenes hispanoamericanos, en septiembre de 1947. El que esto escribe y un estudiante de Inglaterra éramos los únicos alumnos europeos, salvo un contado número de españoles. (Allí coincidí casualmente con el joven sevillano Francisco Márquez Villanueva, el luego famoso catedrático de Harvard, y nuestra amistad perdura). El trato del director del curso, D. Vicente Rodríguez Casado, para con los extranjeros fue muy diplomático, mientras que el profesorado, en su mayoría franquista, se esforzaba para ganar la simpatía de los extranjeros. Con todo, fue un empeño evidente para influir los intelectuales hispanoamericanos en favor de la España franquista. Una propaganda similar a la de Hitler, que ya a partir de 1935 mandó infiltrar metódicamente el profesorado de los Colegios Alemanes en el extranjero con nazis.

Volviendo al tema de los intelectuales exiliados, sus actitudes frente al país de su asilo y frente a sus habitantes no fue ni pudo ser unánime. De todos modos, esos casos nos interesan en nuestro contexto, porque en el contacto directo con gente hispanoamericana el español se enfrenta, inevitablemente, con las imágenes mentales que traía desde España, verificándolas o falsificándolas. El tema ha sido intensamente investigado.¹⁰ Tras la lectura del excelente libro de Kolker me parece que podemos distinguir tres tipos de actitud frente a Hispanoamérica.

1º El primero, el más pacífico y sereno, abarca a los que se sienten como “en casa” por causa del común idioma castellano. Un caso llamativo es el del filósofo José Gaos, antiguo rector de la Universidad Central de Madrid. En México él se dedicó con entusiasmo a la tarea de integración de todos los hispanófonos en una comunidad que iría

¹⁰ Mauricio Fresco, 1950; José Ramón Marra-López, 1963; Patricia W. Fagen, 1973; José Luis Abellán, 1976; Marielena Zelaya Kolker, 1985, etc.

incluso más allá de la común identidad católica e idiomática. Junto con su grupo vislumbraba una comunidad de naciones, donde los refugiados no serían *desterrados*, sino *transterrados*, no *expatriados* sino *empatriados* en las sociedades hispanoamericanas (Kolker 1985: 17).

Los escritores solían ser más realistas, en su mayoría. Les bastaba la condición de sentirse “empatriados” en tierras de refugio, gracias a la lengua común. Testigo ejemplar y elocuente de ello fue Juan Ramón Jiménez en su exilio de 22 años. Después de su larga morada en EEUU vivió en Argentina casi tres años, de 1948 a 1951. Allí escribió un texto titulado “El milagro español”, donde dice: “No soy un deslenguado ni un desterrado, sino un conterrado... Ahora soy feliz, madre mía, España, madre España, hablando y escribiendo como cuando estaba en tu regazo y en tu pecho” 1948: 308). Esta sensación podía además basarse en condiciones no meramente idiomáticas, sino existenciales. Así el ejemplo de José Moreno Villa, que tuvo un hijo con una mexicana y poco a poco se acriolló en México. Kolker dice de él que “se acerca con curiosidad intelectual y reacciona con cautelosa admiración” (Kolker 1985: 25). Hubo también poetas como Luis Cernuda, que había pasado del interés a la simpatía y después al amor por Hispanoamérica, según notamos en sus elocuentes *Variaciones sobre un tema mexicano* (1952). Para los poetas doctos como Jorge Guillén y Pedro Salinas, parece que les ayudó mucho su ambientación académica. Salinas, en *El Contemplado* (1946), rinde un homenaje al mar de Puerto Rico con una serenidad que ni siquiera alude a su condición de transterrado.

2° El segundo tipo corresponde a los que sufrieron por el desarraigo mental. Para Francisco Ayala, por ejemplo, el exilio tuvo efectos negativos por fomentar la inestabilidad psicológica. Para él, las barreras más serias emanan del espíritu de nacionalismo, tanto de los españoles como de los hispanoamericanos, y añade, en sincera autocrítica, que las limitaciones que sufren los escritores emigrados radican en un empecinado negar de las virtudes de la nueva tierra, proclamando en cambio “la superioridad intrínseca de su triste patria” (1971: 150 y 152). Manuel Andújar afirma que la nueva morada, o sea “el descubrimiento propio de América” que hace cada refugiado, provoca una explosión intelectual y sensorial de efecto nocivo. Por otra parte vaticina que, al regresar a la patria, los emigrados “sembrarán los factores de una inteligencia positiva de lo americano” (Kolker

1985: 24), lo que implica lógicamente que según Andújar preexistía en España una inteligencia negativa al respecto. El caso de mayor aversión contra lo americano es el de Segundo Serrano Poncela, que tras sus cuentos sobre el trópico del Caribe y Venezuela, clima demolidor de europeos, pasa a escribir su única novela, *Habitación para hombre solo* (1963), que es un relato marcado de odio y desprecio frente a un México ficticio.

3º El tercer tipo, el más frecuente, corresponde a los exiliados que se adaptaron a la nueva vida, pero nunca del todo, quedando obsesionados por la añoranza de España. La consecuencia psicológica solía ser una aversión más o menos manifiesta frente a Hispanoamérica. Esta actitud les correspondía sobre todo a los poetas, no a todos, según vimos, pero a muchos. Quedaron irremediamente sujetos a la añoranza de su patria, cantando su nostalgia. Testigos ejemplares: El Juan Ramón Jiménez del primer exilio en EEUU (1936 hasta 1948), Rafael Alberti y María Teresa León, ambos con media vida en Argentina. En cuanto a Rafael Alberti basta con recordar el título de sus memorias: *La arboleda perdida*, con la constante añoranza de la bahía de Cádiz. Y su esposa María Teresa León escribe en su *Memoria de la melancolía*: “Estoy cansada de no saber dónde morirme. Esa es la mayor tristeza del emigrado” (1979: 31). Se dio el caso intermedio, de los que quedaron desgarrados entre los dos amores, el de la España perdida y la otra, la del exilio, la peregrina. Caso ejemplar: León Felipe en México, con su endémica indecisión de si volver a España o no...

Añado tres casos de exiliados que son singulares por su radicalismo y no caben en el esquema antedicho. Ramón Sender generalizaba su metafísica de la soledad, que consideraba intrínseca a todo ser hispano, de modo que todos serían exiliados en su tierra, tanto los peninsulares como los americanos. También Max Aub es un caso particular. En sus obras, a pesar de haber sido escritas en su mayoría en México, apenas encontramos huellas de este país. Con excepción de *El Zopilote y otros cuentos mexicanos* (1964), sus cuentos, sus novelas y su teatro, si tienen algún lugar, es en España, y eso sin nostalgia alguna. Acaso por haber nacido en París y de padre alemán, siendo así español por opción cultural, Aub no quiso ver diferencias entre latinoamericanos y peninsulares, puesto que “son todos españoles de diversos clanes” (Kolker 1985: 37). Aub sentía más nostalgia por México cuando estuvo de visita en España, que al revés, como podemos apreciar en *La*

gallina ciega (1979). En 1969, lleno de admiración por los primeros éxitos de la revolución castrista, profirió la frase célebre de que “los españoles, hoy, para mí, son los cubanos” (*Enero en Cuba*, 1969: 54).

El caso de Juan Larrea (1895-1980) es tan singular que no lo puedo silenciar del todo. Seré breve, puesto que el impacto de su visión utópica de Hispanoamérica fue casi nulo en España, por elaborarse y publicarse casi enteramente en el exilio, en México primero y en Córdoba (Argentina) después. Se le suele conocer a Juan Larrea como al poeta surrealista de *Versión celeste* (Milano 1969 y Barcelona 1970) y como amigo y editor de unas *Obras completas* de César Vallejo (Barcelona 1978). Sus textos visionarios y apocalípticos, en cambio, entre “Rendición de espíritu” y “Teleología de la cultura” (1965), publicados en México y luego resumidos en su propia revista editada en Córdoba, “*Aula Vallejo*” (13 números de 1961 a 1974), apenas circularon en España. La difusión siguió escasa aún después de la edición antológica que preparó Cristóbal Serra con el título *Ángulos de visión* para Tusquets Editores (Barcelona 1979). Puede ser que la inexorable acusación que profiere este republicano cara a la nolbeza, a la milicia y al clero de España como culpables de la catástrofe de 1936 a 1939 haya llegado prematuramente y antes de que hubieraan cicatrizado del todo, en la sociedad española, las heridas de aquella guerra civil. En cuanto a su propio y muy peculiar “descubrimiento” de Hispanoamérica cabe recordar que se hizo desde Francia, donde Larrea se radicó en 1926. En un viaje al Perú, en 1930-31, vislumbró la originalidad del arte incaico (cf. *Corona incaica*. Córdoba Arg. 1960). A raíz de esta su experiencia personal del Nuevo Mundo de América empezó a desarrollar una interpretación “apocalíptica” de España y de su misión cultural. En su ya mencionada *Teleología de la cultura*, tras una revisión muy personal y especulativa de la historia de las religiones occidentales, en particular del Libro del Apocalipsis, Larrea construye aquel eje esquemático “Jerusalem - Roma - Santiago de Compostela - Finisterre - Nuevo Mundo”, asignándole a éste un valor y una misión inéditos. Por halagüeña que podía parecerles esta especulación a los hispanoamericanos, la Universidad de Córdoba, donde Larrea había fundado un Instituto del Nuevo Mundo, se opuso con el tiempo a tales actividades pseudo-científicas. Juan Larrea murió en el exilio, amargado, pero con una fe inquebrantable en sus teorías visionarias. En el contexto de nuestro tema fue un caso

verdaderamente excepcional: proyección de un futuro espiritual y cultural de España que se cumpliría en América.

Tras esta supervisión somera ¿podemos confirmar la conclusión del ya mencionado Norbert Rehrmann (1996) de que entre españoles franquistas y españoles exiliados existía un contraste menor de lo que se solía pensar, en cuanto a la apreciación de Hispanoamérica? Creo poder afirmar que sí hubo una diferencia importante, al respecto, entre los dos bandos, a saber, que los de la España peregrina por lo menos conocían de cerca el objeto sea de su amor, sea de su odio, mientras que los peninsulares no hacían sino prorrogar las visiones estereotipadas de antaño. Por otra parte advertimos que los casos citados de intelectuales y escritores trasterrados españoles revelan una gran disparidad de actitudes y reacciones. Cada individuo reacciona de otro modo ante el choque entre sus expectativas mentales y la realidad concreta. Si estos testimonios importan para nuestro tema, es porque son testimonios impresos, vale a decir, duraderos, con valor comunicativo mientras haya lectores. Es de suponer que las abundantes publicaciones de la España peregrina fueron leídas y tomadas en cuenta, después de la apertura de 1962, y que influyeron en la mentalidad de la sociedad posfranquista, para bien o para mal con respecto a la imagen de Hispanoamérica.

E) Veamos ahora las huellas que dejó Hispanoamérica en la obra de algunos ESCRITORES QUE VISITARON HISPANOAMÉRICA DE PASO. Aquí menciono también a Miguel de Unamuno, aunque nunca cruzara el Atlántico. Lo hago porque él no quiso ver diferencias entre lo peninsular y lo americano, mostrando empero, en sus “*Letras hispanoamericanas, 1894-1924*”¹¹ una comprensión sorprendente de las letras americanas, con excepción del modernismo, que no supo o no quiso entender. Y es esta la ocasión para recordar el impacto del modernismo rubendariano en varios poetas del comienzo del siglo XX: Juan Ramón Jiménez, Villaespesa, Valle-Inclán, Manuel Machado y otros más. Fue la primera vez que un movimiento literario procedente del Nuevo Mundo influyera en la literatura

¹¹ Se incluye en Miguel de Unamuno: *Obras completas*, Madrid: Escelicer, 1966.

española. Cabe recordar que este proceso de recepción inversa provocó la consabida polémica denominada “modernismo frente a 98”,¹² en la cual influía por cierto el tradicional desprecio de los españoles tradicionalistas frente a las cosas “decadentes” de América.

El más famoso representante de los escritores españoles que pasaron y se interesaron en su escritura por Hispanoamérica fue ciertamente, en la primera mitad del siglo, D. Ramón del Valle-Inclán. El gallego extravagante viajó por primera vez a México y al Río de la Plata en 1892/93. Su novela *Tirano Banderas, novela de tierra caliente* (1926), la obra narrativa más ficcional del autor, encabeza la larga serie de novelas de la dictadura y es un logro singular. El prodigio de esta novelita reside en una destreza que estrenó Valle-Inclán, a saber, la integración de americanismos en el castellano universal. El filólogo Alonso Zamora Vicente lo formula rotundamente, refiriéndose a los americanismos: “Lo importante ahora es destacar cómo se ha incorporado, por la puerta ancha y para siempre, al panorama de la literatura noble en lengua española, todo este tesoro desdeñado. [¡sic!... Los americanismos] están representando una de las peculiares maneras de ser de lo hispánico” (1958: 127). El gallego esperpéntico abrió con ello una brecha cultural que ya no se cerraría.

Otro caso es José Ortega y Gasset. Viajó tres veces a Hispanoamérica: En 1916 fue a Buenos Aires y Montevideo, y al volver consideró a esas sociedades como “pura promesa”, o sea afirmando ese tópico que les asigna a esos países un futuro próspero. Pero cuando Ortega en 1928 volvió a las mismas capitales y a Santiago de Chile, regresó con una actitud de manifiesto escepticismo. Y tras residir un par de años en la capital argentina, de 1939 a 1942, huyendo de Europa y de sus guerras y esperando que se le ofreciera la cátedra de metafísica en la Universidad, que le negaron, sus actitudes frente a los argentinos

¹² Cf. Guillermo Díaz Plaja: *Modernismo frente a 98*, Madrid 1951.

quedaron contrastantes. Siguió afirmando que se trataba de “pueblos jóvenes”, pero esto ahora quedaba lejos de un eufemismo y significaba más bien que consideraba a esa gente como descontrolada y sujeta a la pasión. Inventó aquella definición que tanto daño hizo a la imagen de Latinoamérica, a saber, que ese continente no es Historia sino Naturaleza. Además creía observar que seguía vigente cierta situación “colonial”, o sea, que los hispanoamericanos vivían *ex ante*, por lo cual se explicaría que se negaban allá las más elementales leyes económicas; además había notado esta vez un cierto primitivismo y un relativismo moral. Al contrario de lo que suponía de la vida pastoril (de la pampa), para él la vida de la factoría, o sea en las empresas, en los frigoríficos, le parecía llena de audacia, de grosería y de prisa. Llama la atención que a Ortega, hombre urbano, no le interesaran los americanos precolombinos, y por ende tampoco los indios. Siendo Ortega director de la *Revista de Occidente* y escritor prolífero, estas sus opiniones sobre Hispanoamérica tuvieron una influencia considerable, con todas sus palinodias. La recepción, más bien negativa entre Latinoamericanos, de sus obras “americanistas” (recopiladas en *El espectador*), contrasta con la influencia del pensador y filósofo. En otras palabras: Ortega influyó bastante en los filósofos y ensayistas latinoamericanos, mientras que sus ensayos sobre América apenas repercutieron, a no ser parcialmente en su negatividad, en la Península, despertando las consecuentes reacciones negativas en Hispanoamérica.

Otro caso, algo más entrado el siglo, es el de Camilo José Cela. Invitado por el gobierno de Venezuela, pasó una temporada en ese país, con la promesa de escribir otra novela de tierra caliente. El resultado fue *La catira* (1955), un intento de Cela, parecido al caso de Valle Inclán, de recrear el español americano. Por emplear ve nezolanismos del habla popular en proporción tan cuantiosa la novela parece una sátira. Lo cierto es que Cela tuvo que añadir un léxico con centenares de americanismos a su narración para que ésta quedara legible en España. Además, por inventar nombres de personajes tan inverosímiles que no pueden entenderse sino como irónicos, Cela conoció con esta su aventura caribeña un rechazo rotundo de parte de sus anfitriones venezolanos. Del otro lado, en la Península, hubo desconcierto también, pero así mismo admiración. Incluso Alonso Zamora Vicente, admirador casi incondicional de Cela, opina esta vez: “Lo que para nosotros es una parcelación admirable, puede ser, al otro lado del mar, una ruralización, una disminución,

algo de menosvalía” (1958: 119). El orgullo del Cela castizo y tradicionalista ya lo pudimos observar más atrás, cuando vimos que se oponía con pertinacia al nombre de América “Latina”.

Comparando los tres casos comentados podríamos concluir que las actitudes respectivas frente a Hispanoamérica denotan, cuanto menos, un menosprecio creciente, siendo el primero, Valle-Inclán, el más afirmativo, a pesar de su sátira.

F) Antes de llegar al final cabe hacer una observación sobre

LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EN ESPAÑA.

No puedo detenerme en detalles. Sólo cabe recordar que la primera institución científica especializada, a saber, el Centro de Estudios de Historia de América, fue fundado a comienzos de la Segunda República en Sevilla, integrado en esa universidad. Para los estudios literarios podemos registrar - si no me equivoco - que hasta muy entrada la década de los años 50 la cátedra de Francisco Sánchez Castañer en la Universidad de Valencia fue la única que se dedicaba exclusivamente a los estudios hispanoamericanos, en toda España. El gran congreso organizado en Madrid, en junio de 1984, sobre las relaciones literarias entre España e Iberoamérica, fue una especie de estreno. A Luis Sáinz de Medrano, el primer catedrático de latinoamericanística en la Universidad Complutense, le corresponde el mérito de haber organizado ese encuentro internacional y de haber editado las Actas (1987). Mientras tanto, las cosas han cambiado. La joven Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos convocó su III Congreso, en 1998, en la Isla de Tabarca (Alicante). En el prólogo de las Actas (2001) los organizadores - Carmen Alemany Bay, Remedios Mataix Azuar y José Carlos Rovira - aluden al peligro de derrumbarse el techo de la iglesia donde se daban las plenarias, y afirman que “un accidente podía hacer más daño al hispanoamericanismo español que el que hiciera en el pasado algunos maestros y similares que no vamos a nombrar” (2001: 14). Una observación significativa para nuestro tema.

Las universidades no son el único lugar donde observamos una reorientación positiva hacia Latinoamérica. Algunas editoriales españolas se interesan específicamente por esa región, también fuera del tradicional campo de las letras. Un ejemplo entre otros son

los Clásicos de la Fundación Histórica Tavera (Madrid), con sus dos series: I Iberoamérica en la Historia y II Temáticas para la historia de Iberoamérica. El futuro dirá si ahora el mercado librero podrá por fin aprovechar la creciente extensión de la lengua castellana. El pasado no permite reconocer sino fracasos, al respecto, según comprobó Francisco Caudet investigando las relaciones editoriales entre España e Hispanoamérica de 1930 y 1943 (en: Sáinz de Medrano, ed. 1987: 141-149).

G) EL BOOM DE LA NUEVA NOVELA LATINOMERICANA.

No me detengo en hablarles sobre lo que fue ese boom. Sólo cabe recordar que el fenómeno aconteció a nivel internacional y empezó fuera de España. Los países que como primeros lo advirtieron y donde aparecieron las primeras traducciones de la llamada nueva novela hispanoamericana, ordenados por la primicia de su publicación, fueron Francia, Italia, Alemania e Inglaterra (Steenmeijer 1990). Lo que aquí interesa es la reacción a ese fenómeno insospechado en España.¹³ El caso, a estas alturas superado, llegó a cierta virulencia al final de los años sesenta. Algunos escritores españoles se alarmaban por el éxito internacional de la Novela Nueva creada en Latinoamérica, entre ellos Alfonso Grosso, Isaac Montero y José María Gironella. Simultáneamente aparecieron dos libros con entrevistas sobre el tema: De Fernando Tola de Habich y Patricia Grieve: *Los españoles y el boom* (1971) y de Federico Campbell: *Infame turba* (1971/1994). Los entrevistados contestaron cada uno desde su perspectiva personal, pero no cabe duda de que hubo por lo común, entre los escritores españoles, una gran sorpresa ante la eclosión inesperada, y tampoco faltaron reflejos de xenofobia envidiosa, puesto que el boom latinoamericano se había iniciado gracias a la crítica literaria más alerta en los países ya mencionados como Francia, Inglaterra, Italia, etc. (Steenmeijer 1990). Lo curioso del caso es que el núcleo editorial del boom cuajara en España, en Barcelona, donde algunos exponentes, García Márquez y Vargas Llosa entre ellos, incluso residieron por una temporada. Cataluña capital del boom latinoamericano, vaya paradoja. Allí también se

¹³ Agradezco las informaciones que recibí al respecto de mi amigo y colega José Manuel López de Abiada (Berna), especialista en la materia.

desempeñaba la agente literaria tan eficaz y ágil de varios novelistas hispanoamericanos, de nombre Carmen Balcells. Por otra parte, algunos escritores hispanoamericanos reaccionaron a su vez, argumentando desde la tradicional actitud de ex-colonizados y explotados. La polémica queda hoy postergada, aunque sigue dando colazos. Por ejemplo un crítico argentino, Francisco Porrúa, editor de las cartas de Julio Cortázar, dice en una entrevista en *ABC* (diciembre de 2000), que con respecto al llamado boom los españoles tuvieron “unas reacciones de tipo colonialista o imperialista”. Y añadió que al parecer algún español habría afirmado (en *El País semanal*, 24 de diciembre de 2000) que “esto del boom no permitiremos que se repita”. A pesar de tales deslices, de parte y otra, el boom y el consecutivo descubrimiento de otros valores culturales latinoamericanos anteriores, parece haber acabado por fin con el rancio sentimiento de superioridad cultural de los peninsulares frente a los hispanoamericanos, soberbia que por tanto tiempo se mantuvo.

CONCLUSIÓN

El asunto del boom nos llevó ya al fin del siglo XX. Para concluir en base a los campos aquí tocados diría yo que de la inconsciente y a veces abierta hostilidad o menosprecio de los españoles frente a Hispanoamérica se ha venido pasando, en la segunda mitad del siglo, a una actitud más ponderada, a una equiparación a veces fraternal. La creciente presencia de refugiados políticos procedentes de aquella región también permitió a muchos españoles conocer de cerca a gente de allá. El encuentro personal es siempre el mejor paliativo contra los prejuicios. Lo dicho vale sobre todo en un plan cultural. Pero no nos engañemos. La misma presencia de refugiados pudo despertar nuevas aversiones contra cualquier extranjero. Empezó a circular el nombre de “sudacas” y de “latinochés” (Umbral 1983: s.v.). José Luis S. Ponce de León describió, a alturas del 1990, “la ambigua relación entre españoles y los hispanoamericanos de hoy, que no es tan ideal como muchos creen” (Ponce de León 1991: 136). En cuestión de economía y desarrollo, el contraste entre el milagro español, con su fuerte arraigo en la Comunidad Europea y, del otro lado, el endémico tercermundismo en tantos países latinoamericanos no deja de darles a los españoles un nuevo motivo de sentirse superiores. Si la ambigüedad de las relaciones perdura, ello se

debe al peso del pasado y a la resistencia bien conocida de las imágenes que influyen en las mentes colectivas.

BIBLIOGRAFÍA

- Agencia EFE (1989): *Manual de español urgente*. 5a ed. Madrid: Cátedra.
- Alemaný Bay, Carmen et al. (eds.) (2001): *La Isla Posible*. Actas del III Congreso de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos. Murcia: Universidad de Alicante.
- Amo, Julián/Charmion Shelby (²1951): *La obra impresa de los intelectuales españoles en América. 1936-1945*. Prólogo de Alfonso Reyes, Stanford (CA): University Press.
- Ayala, Francisco (1971): *Los ensayos. Teoría y crítica literaria*. Madrid: Aguilar.
- Bernecker, W. L./J. M. López de Abiada/G. Siebenmann (1996): *El peso del pasado: Percepciones de América y V Centenario*. Madrid: Verbum.
- Corral, Rose et al.(eds.) (1995): *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*. México: El Colegio de México.
- Campbell, Federico (1994): *Infame turba*. 1a ed. 1971, 2a ed. Barcelona: Lumen.
- Encuesta de *El Ciervo*, año XXXVI, N° 435 (Barcelona, mayo de 1987), 12-16.
- Imaz, José Luis de (1984): *Sobre la identidad iberoamericana*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Iñigo-Madrigal, Luis (ed.) (1993): *De un centenario a otro/D'un centenaire à l'autre, V Jornadas de literatura hispanoamericana 1992*. Genève: Fundación Simón I. Patiño.
- Jiménez, Juan Ramón (1948): *La corriente infinita*. Epílogo. Madrid: Aguilar.
- Kolker, Marielena Zelaya (ed.)(1985): *Testimonios americanos de los escritores españoles transterrados de 1939*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- León, María Teresa (1979): *Memoria de la melancolía* . 1a ed. Buenos Aires: Losada 1970; 2a ed. Barcelona: Bruguera.
- Ponce de León, José Luis S. (1991): “España e Hispanoamérica. Historia de una ambigüedad”, en: *Impacto y futuro de la civilización española en el Nuevo*

- Mundo*. Actas del Encuentro Internacional Quinto Centenario en San Juan de Puerto Rico, 17-22 de abril de 1990. Madrid: Eds. Siruela, pp. 135-140.
- Rama, Carlos M. (1982): *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*. México: Siglo XXI.
- Rehrmann, Norbert (1996): *Lateinamerika aus spanischer Sicht. Exilliteratur und Panhispanismus zwischen Realität und Fiktion (1936-1975)*. Frankfurt/M.: Ver-
uert.
- Rojas Mix, Miguel (1991): *Los doscientos nombres de América. Eso que descubrió Colón*. Barcelona: Lumen.
- Sáinz de Medrano, Luis (ed.) (1987): *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica. Actas del XXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* (Pittsburgh, EEUU), Madrid, 25-29 de junio de 1984. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana/Facultad de Filología de la Universidad Complutense.
- Santí, Enrico Mario (1987): “La dimensión hispanoamericana: De Ortega a Octavio Paz”, en: Sáinz de Medrano, Luis (ed.) (1987), pp. 439-449.
- Shimose, Pedro (1982): *Diccionario de autores iberoamericanos*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, p. 5.
- Steenmeijer, Maarten (1990): “El itinerario de la literatura hispanoamericana por el Occidente”, en: *Iberoromania* (Tubinga) 32, pp. 110-118.
- Tola de Habich, Fernando/Patricia Grieve (1971): *Los españoles y el boom*. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo.
- Umbral, Francisco (1983): *Diccionario cheli*. Barcelona: Grijalbo.
- Zamora Vicente, Alonso (1958): *Voz de la letra*. Madrid: Espasa-Calpe (= Colección Austral; 1287).

Nueva versión del ensayo de Siebenmann (cap. F, p. 18):

No puedo detenerme en detalles, pero no puedo silenciar el hecho de que se desarrollara, en la llamada Edad de Plata (1898-1936), “una primavera americanista en España, jalonada de felices encuentros, intercambios editoriales y circulación de libros, artículos y

autores” (Lafuente 1997: 56, citando a José Carlos Mainer 1988:100). Igualmente cabe recordar que la primera institución científica especializada, a saber, el Centro de Estudios de Historia de América, fue fundado a comienzos de la Segunda República en Sevilla, integrado en esa universidad. Para los estudios literarios podemos registrar - si no me equivoco - que hasta muy entrada la década de los años 50 la cátedra de Francisco Sánchez Castañer en la Universidad de Valencia fue la única que se dedicaba exclusivamente a los estudios hispanoamericanos, en toda España. El gran congreso organizado en Madrid, en junio de 1984, sobre las relaciones literarias entre España e Iberoamérica, fue una especie de estreno. A Luis Sáinz de Medrano, el primer catedrático de latinoamericanística en la Universidad Complutense, le corresponde el mérito de haber organizado ese encuentro internacional y de haber editado las Actas (1987). A pesar de ello, Fernando R. Lafuente, buen conocedor de la materia, lamenta, a alturas del 1997, que la institucionalización de los estudios literarios hispanoamericanos en España “hoy, y a pesar de los notables esfuerzos realizados en los últimos años, sea todavía una quimera”, e insiste diciendo que dicha rama se había convertido “en un vergonzante apéndice de la filología española” (1997: 54). Coincidimos con Lafuente cuando afirma que la razón de ello “es un problema de mentalidades” (58). Mientras tanto, las cosas...

Ampliaciones a la bibliografía (p. 21), en el lugar que corresponde:

Lafuente, Fernando R. (1997): “La confusa institucionalización de la literatura hispanoamericana en España”, en: Klengel, Susanne (ed.): *Contextos, historias y transferencias en los estudios latinoamericanistas europeos. Los casos de Alemania, España y Francia*, Frankfurt a. M.: Vervuert, 1997, 53 -59.

Mainer, José Carlos: (1988): “Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892 - 1923), en: *La doma de la quimera (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, Barcelona: Universidad Autónoma, 83 - 134.

Este texto se publica en:

Ingrid Simson (ed.): *América en España: influencias, intereses, imágenes*, Frankfurt/M.: Vervuert, 2004 (en prensa).

El autor: Prof. Dr. Gustav Siebenmann, Hompelistrasse 12a, CH-9008 St.Gallen (Suiza)

Tel. = Fax 0041/71/245 95 21

e-mail siebenmann@swissonline.ch